

EL HÁBITO DE LA ELEGANCIA

PARTE I

Elegancia compactada en espartana presencia.
Blancura de piel y alma se conjugan en un *mismo*,
Nunca pienses que triunfas por gracejo que denotes.
Todo es pasado y pesa.
Tira al río del camino los laureles o los excesivos brillos,
deslumbran cuando te peinas y anulan tu sentido crítico.

Pocas palabras al viento,
las precisas por escrito;
silencios, a veces muchos,
para el que ansía talento,
aún a sabiendas que es imposible tal plagio,
pero disfruta creyendo,
que se te pega a la ropa la sapiencia de los buenos.

Como un elfo del bosque te cruzaste en mi camino,
tocaste mi cabeza de incauta con tus nudillos de plata,
y me dijiste: adelante.

Casi no hay día desde entonces
Que no piense en ese instante y
beba de tu recuerdo cuando me siento cansada.

Alter ego de mi todo,
Ilumina este periplo donde se cruzan la magia, el trabajo y el destino.

PARTE II

Estuve por Internet buscando a *Pía del Cid*,
Convencida a pies juntillas,
que me saldría una foto con fechas de biografía.

Busque en la Wikipedia a Valerio, *tu Valerio*,
perdida entre lo verosímil, creyéndola semblanza pura.
¡Pensé que eras cronista de una realidad escondida!

Nada fuera de tu libro era obvio,
concluí con estupor desde mi mente novata,
cuando me atreviera a tocarte en el hombro y
desde mi cara escarlata osara a formular:

¿Pasó de verdad esta historia o es fruto de tu talento?

Sonreíste de soslayo, hablaste, como siempre, quedo;
enjuagaste con fruición a *la importancia*, *enecdotando* el hecho de que
era un relato mucho más largo, el cual,
gracias a la tecnología, perdiste una tarde de invierno,
según te preguntó la pantalla: ¿quiere guardar el archivo?
Y contestaste que no, aún ignorando el porqué.

Mi boca se atascó en una “O”, abierta de par en par.
No daba crédito al evento:
que rehicieras de memoria
una novela del caletre de “Memorias de Valerio”.

Y convertí en admiración mi resultado de cero,
según se me aparecía *Pía* como toda tuya,
el intrépido *Valerio* y hasta el mismo *Duce*,
al que le prestaste alma convirtiéndolo en Romeo...

Entonces lo vi claramente:
Todos se inclinaron a una, saludándome desde un escenario ingrávito.
Tú, en una esquinita oscura, pasabas por apuntador.

Refinamiento poético, sabiduría de cuento me indujeron a sentir,
que tenía ante mí, a uno de los grandes seres a los que habría que calcar,
el cual se sacudió nervioso su ostensible ingenio,
cuando vislumbró el arrobo que pretendía abrazarle.

Echaste a correr entonces,
escapabas de tu gloria, dejándola atrás a zancadas.
¡Qué especie tan rara y bella fuiste sin duda, maestro!
Aquel día comprendí la magia de tu secreto.
Nunca más te incomodé con preguntas de aprendiz,
y hoy dudo si hice bien.